

—No soy más que uno de sus ciento cincuenta mil afiliados.

El general Walker no posee un programa político concreto. Sus objetivos principales son dos: vencer al comunismo y no integrar a los negros. Ambos representan para él una auténtica obsesión.

Pésimo orador, como ya he escrito, hombre de gran pobreza ideológica, cuya «doctrina» sólo se compone de «antis», algo debe tener, sin embargo, para arrastrar tras de sí a tanta gente. ¿Quiénes son sus seguidores? En mi encuesta he llegado a la conclusión de que su movimiento se halla integrado por comerciantes tejanos y fanáticos antinegros; las gentes que han heredado el resentimiento causado por la guerra de Secesión.

un clown

Pero, aun en Tejas, aun dentro del mismo Dallas, no todos aprueban el estilo, la táctica y los fines políticos del general. Como claro ejemplo de ello, pasará a la historia el clamoroso recibimiento dispensado a Kennedy. He tenido ocasión de hablar con muchos sudistas, con muchos hombres y mujeres de Dallas.

—Walker es un clown; hace mucho ruido pero no romperá nada —me dijeron unos.

—Walker no sabe lo que quiere. Nunca llegará a ser Presidente —opinaron otros.

—Walker es un blando, un fanfarrón que no tiene más que fachada. Se desinflará en seguida —me comentaron los más.

—Walker odia a los negros... y los negros odian a Walker. En esta pugna lleva las de perder, porque está contra la historia —me aseguró un interlocutor de color.

El jefe de la extrema derecha americana no quiere, sin embargo, que se le asimile al fascismo alemán o italiano. Ante la opinión pública trata de mantener una actitud cien por cien americanista. «América lo es todo para mí», suele declarar. Por mi parte sospecho que él sabe muy bien que, indirectamente, es el responsable de la muerte del Presidente.

y termina la encuesta

Mi encuesta finaliza. Han sido estos días, duros, de incansable trabajo, de riesgos difícilmente sortados, de negativas en redondo, de centenares de dólares repartidos aquí y allá, en busca de los datos que permiten establecer, al menos, una hipótesis verosímil. Más verosímil que la proporcionada por la policía de Dallas —lo que, por otra parte, no es nada complicado— y que se acerque a la realidad el máximo posible.

Si se me pidiera que resumiese en una serie de conclusiones los resultados de mi investigación, formularía las siguientes:

Primera: La ventana del quinto piso de la «Dallas School» no era el lugar más adecuado para efectuar los disparos contra el Presidente Kennedy, pues un árbol cubre treinta y cinco metros del campo de tiro. Luego es más probable que el asesino ejecutase el crimen desde la ventana del sexto, sobre una perspectiva completamente despejada.

Segunda: Oswald no podía saber, cuando adquirió su fusil, ni cuando realizó el viaje a Méjico para solicitar un visado soviético, que Kennedy iría a Dallas, ni mucho menos el itinerario que recorrería dentro de la ciudad, que sólo fue hecho públicamente pocos días antes de la llegada del Presidente.

Tercera: El testimonio de Marina Oswald reviste escaso valor, puesto que vivía separada de su marido desde hace tiempo.

Cuarta: No se ha podido probar que Oswald asesinara a Tippit.

Quinta: ¿Por qué la policía de Dallas se hallaba en disposición, muy poco tiempo después del magnicidio, de facilitar a la prensa mundial la fotografía de Oswald y toda clase de detalles sobre su pasado?

Sexta: ¿Por qué la policía enfocó su actuación, inmediatamente, hacia Oswald y dejó al margen a todos cuantos se encontraban en aquel momento en la «Dallas School»?

Séptima: No están nada claros los pasos del agente Tippit en los minutos que siguieron al crimen. ¿Por qué se hallaba tan alejado en aquel momento del lugar del crimen, y por qué intentó detener a Oswald cuando aún no se centraban en él las sospechas?

A través de esta serie de constataciones y de preguntas sin respuesta se llega a un resultado estremecedor, ya apuntado a lo largo de nuestros reportajes: **EL PRESIDENTE KENNEDY FUE VÍCTIMA DE UN COM-PLOT, ORGANIZADO POR GENTES RELACIONADAS DE ALGUN MODO CON LOS CIRCULOS POLITICOS PREDOMINANTES EN DALLAS.**

¿Quién disparó? ¿Qué vínculos unían al asesino con la policía? Estas son preguntas que acaso nadie pueda responder nunca.

FIN

ALAIN AYACHE

REQUIEM PARA LUIS MARTIN SANTOS

EL escritor Luis Martín Santos ha muerto en un trágico accidente de automóvil. Su muerte abre un enorme vacío en la nueva literatura. (Lo abre también en el corazón de quienes tuvimos la suerte de conocerle y disfrutar de su buena amistad.)

Martín Santos había nacido en África del Norte en 1924. Era psiquiatra y ejercía esta profesión en San Sebastián. Aparte sus trabajos científicos —«Dilthey, Jaspers y la comprensión del enfermo mental» y «Libertad, temporalidad y transferencia en el psicoanálisis existencial», había publicado una novela: «Tiempo de silencio» (Barcelona, 1962) y alguna narración breve. En nuestro Gran Concurso de Narraciones, concretamente, ha publicado un extraordinario cuento titulado «Tauromequia». Con su muerte, deja interrumpido una segunda novela.

No cabe obra literaria cuantitativamente más reducida. Y, sin embargo, no creemos exagerada nuestra afirmación de que en la nueva literatura ha quedado abierto un enorme vacío. ¿Por qué? «Tiempo de silencio» es —por la hondura de su contenido y por su forma brillante y original— una de las novelas españolas más importantes de los últimos años. Más allá de particularidades y diferencias de estilo, puede ponerse a la altura de las mejores. Acaso en comparación con éstas presente alguna deficiencia en cuanto a su estructura novelesca propiamente dicha. Pero sobre todas ellas es superior en este punto: su densidad intelectual, su capacidad para expresar la vida humana en toda su complejidad y riqueza, lo que resulta desacomodado y siempre excepcional en la novelística española contemporánea. A «Tiempo de silencio» le fue negado, en su día, un premio literario —un bien modesto premio provinciano—. Pero no importó eso para nada. «Tiempo de silencio» no lo necesitaba. Su publicación —sin premio alguno, a cuerpo limpio— ocasionó, de inmediato, un impacto muy profundo. Y ese impacto se produjo espontáneamente, sin la participación de todo ese aparato propagandístico que se pone en marcha cuando interesa el «lanzamiento» —con fines a menudo no sólo comerciales— de un libro, de un autor. Fuimos pocos, pues, los críticos que desde el primer momento saludamos abiertamente esta novela. Pero tampoco todo esto importaba demasiado. El lector sabe escoger por sí mismo. El éxito de «Tiempo de silencio» en España no pudo ser más limpio, más auténtico. Ahora, la novela ha sido publicada en Holanda y, como nuestros lectores saben, porque de ello hemos dado noticia en estas páginas, en Francia; y en ambos países con un éxito semejante.

Para mí, la importancia fundamental de «Tiempo de silencio», así como también de las narraciones breves que conozco de Martín Santos —entre ellas, «Tauromequia», reside sobre todo en que, por su forma y por su contenido, esta novela y estas narraciones breves —escribió muy pocas, porque no le tentaba este género— vienen a romper con una cierta monotonía naturalista que padece la nueva narrativa española, y que habrá de superar, que ya está superando. Cuando leí «Tiempo de silencio» —no conocía todavía a su autor— me llamó sobre todo la atención en esta novela las posibilidades que contenía para abrir un nuevo camino narrativo. «Tiempo de silencio» era una obra muy personal, y esas posibilidades —esbozadas, insinuadas— sólo podrá desarrollarlas por el momento el propio autor. Cuando conocí a Luis Martín Santos comprendí que estaba lo suficientemente dotado y que tenía la suficiente vocación literaria para hacerlo. Con el flujo verbal, la brillantez y la gracia personal que le caracterizaban, me explicó entonces su propia teoría estética. Hombre racionalista, no apoyó su quehacer literario exclusivamente sobre la intuición; ésta descansaba en una previa comprensión intelectual de todos los fenómenos. No escribía porque sí, el buen tuntún. Por el contrario, escribía sabiendo muy concretamente lo que quería escribir; escribía a partir de una teoría estética personal. La cual era rigurosa, y al mismo tiempo, flexible, abierta, henchida de posibilidades. Consistió principalmente en superar el realismo social de cuño naturalista para llegar a un «realismo dialéctico». Esto era sólo, claro está, una idea matriz. Junto a ella, completándola, ampliándola, había una serie de conceptos altamente originales, elaborados a partir de una sólida cultura y una seria y ejemplar preocupación literaria. No llegó Martín Santos a desarrollar en un libro su propia teoría, de manera orgánica y totalizadora. Esta ha quedado dispersa en conversaciones, en cartas, en artículos esporádicos y en ocasionales —y siempre brillantes— intervenciones públicas. Yo le insistí varias veces en que debía recoger todo aquello, reelaborarlo, organizarlo, construyendo así un edificio teórico. No le interesaba por el momento. Por el momento estaba embarcado en su segunda novela, de la cual, la última vez que le vi —con ocasión de unos coloquios literarios, hace escasamente unos meses— me habló con entusiasmo.

La muerte —siempre «desatenta», como tan acertadamente la calificaría Miguel Hernández— ha interrumpido la vida de un hombre excepcional y de una obra literaria de alcance insospechado. Por eso, al mismo tiempo que en la intimidad lloro la muerte de un amigo y rindo homenaje a esta amistad tan breve pero de tan alta calidad, quiero dejar constancia en estas páginas de la grave pérdida que todos sufrimos. La muerte de los hombres de talla —y Luis Martín Santos lo era sin lugar a dudas— nos deja siempre un poco huérfanos; nos quita algo que forma parte de nosotros mismos: esa confianza que les habíamos otorgado, porque eran los mejores; ese saber que estaban con nosotros por lo mismo que estábamos con ellos. Pero hay algo que la muerte no suele arrebatarnos: su obra, la obra de los mejores, que es de ellos y es nuestra, que los justifica y nos justifica, en una relación dialéctica en que los dos términos se necesitan y complementan. Esa obra es a veces una guía segura, una luz que enriquece nuestra conciencia; es a veces también una bandera. Pero en el caso de Luis Martín Santos, su muerte es trágica y —yo lo diría de este modo— también irritante. Porque no ha tenido tiempo de hacer su obra, porque apenas ha podido empezarla. Y todo eso que ya no podrá escribir y que podía haber escrito, todo eso que la muerte ha yugulado al mismo tiempo que su vida, queda en nuestra conciencia como un motivo de constante indignación. Importantes para repararla, hemos de presenciar esta clamorosa injusticia en la que no hay culpables ni puede haber castigo. Sólo hay víctimas: él y nosotros.

FERNANDO MOLINERO